

Acosta Werten.

LA CRUZ BLANCA

TRADICION GRANADINA.



GRANADA

—
IMPRENTA DE PAULINO SABATEL,
PLAZA DE BIBARRAMBLA.
1880.



2 400 40 **Safra** MADE IN

Acosta Werten.

LA CRUZ BLANCA

TRADICION GRANADINA.



GRANADA.

IMPRENTA DE PAULINO SABATEL,

PLAZA DE BIBARRAMBLA.

1880.

R. 28551

LA CRUZ BLANCA.

TRADICION GRANADINA

POR

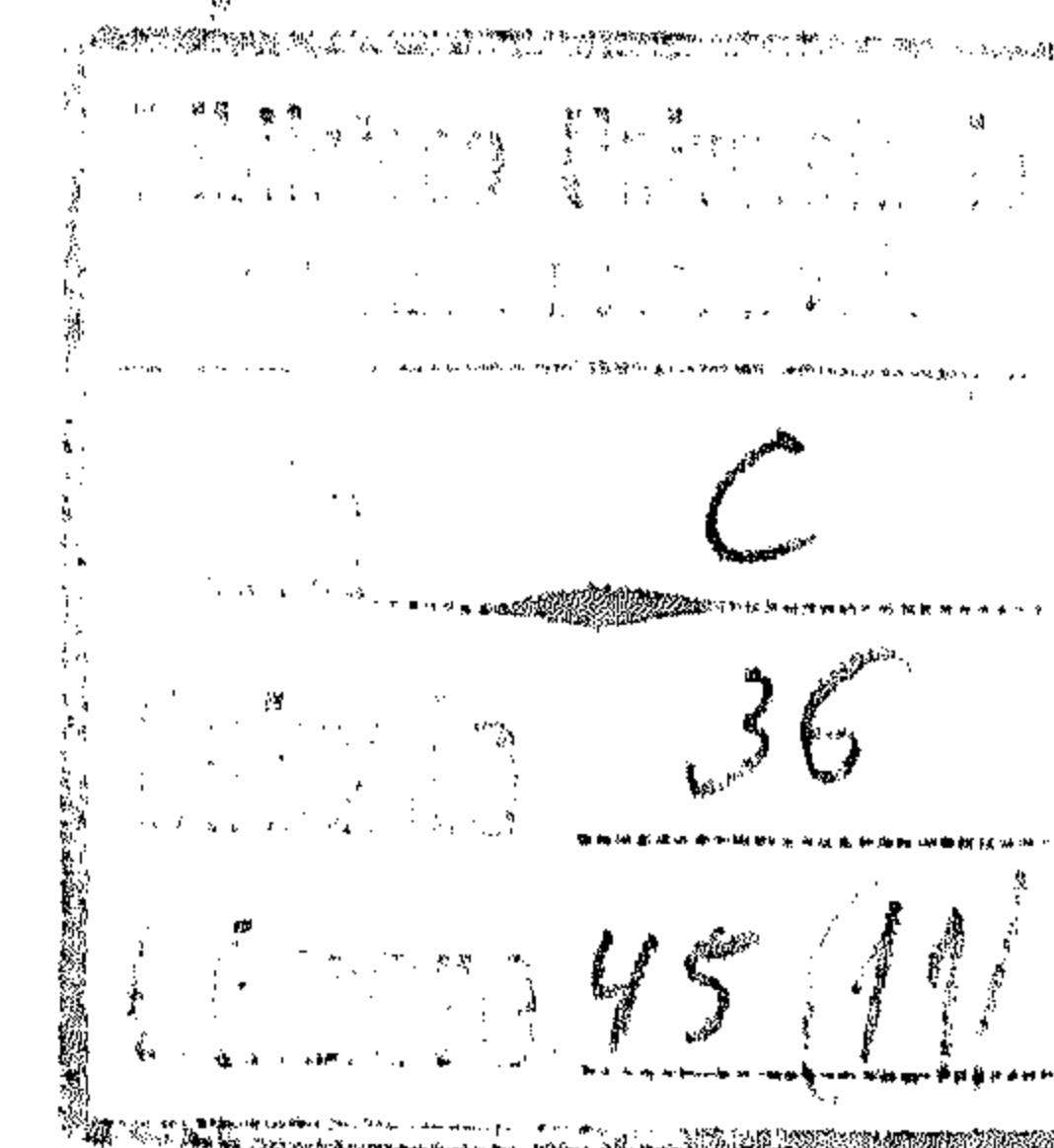
J. Acosta Werten.

PRIMER PREMIO DEL 5.º TEMA

EN EL CERTÁMEN CELEBRADO

POR EL LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE GRANADA

EN 31 DE MAYO DE 1880.



GRANADA.

IMPRESA DE PAULINO SABATEL,
PLAZA DE BIBARRAMBLA.
1880.

2104

LA CRUZ BLANCA.

TRADICION GRANADINA.

¡Pulvis erit!

I.

Un delicioso y encantador panorama se presentaba á la vista desde el camino que conduce de Santafé á Granada, al terminar la recta avenida sombreada por copudos árboles que hoy es calle Real de San Lázaro, en una hermosa y apacible tarde del mes de Mayo, del año 1539 de nuestra era.

El sol, declinando hácia el ocaso, lanzaba sobre la poblacion sus últimos y más dorados rayos, tiñendo con ráfagas de topacio sus hermosas huertas, sus pintorescos edificios en forma de anfiteatro, las elevadas agujas de sus iglesias, y sus gigantescas montañas que en el fondo se confundian con el zafiro de su cielo incomparable.

Al frente, en primer término, el extenso erial cementerio de los árabes, hoy campo del Triunfo: más lejos, la magnífica puerta de Elvira, (*vib-Elveira*) rompiendo la alta muralla que á la poblacion circuia; la que, perdiéndose á la vista por un lado en la puerta del Boqueron, y elevándose por el otro en desigual pendiente por el barrio de la Alhacaba, veíase como abandonada cinta por la cerca llamada de Don Gonzalo, hasta esconderse entre verdes árboles y floridos frutales,

Sobre la puerta de Elvira, la Monaita ó de la Bandera; y el barrio del Zenete, y el Albaicin, destacando sus edificios entre irregulares masas de verdura, ondulosa como penachos floridos, sobre los rojizos tejados. Más allá, fantásticas montañas de azuladas tintas; y aún más lejos, lo maravilloso, lo increíble como vision de un sueño: la gigantesca Sierra con sus nevados picos, que amenguando la distancia por ilusion óptica, parecían unir sus rosados reflejos con los naranjos y limoneros de sus laderas; los hielos del Norte, en natural consorcio con la más exuberante vejetacion tropical.

En aquella tarde, y en aquella hora, lucida, aunque fúnebre comitica, avanzaba por el mencionado camino.

La componia una escogida tropa de caballeros y magnates de la corte del Emperador Carlos V, que perfecta y lujosamente armados, montando briosos corceles, y acompañados por sus escuderos, palafreneros y pajes, rodeaban una espaciosa litera, en que iba colocado un ataúd de plomo.

Habiendo muerto en Toledo, el primer día de aquel mismo mes, la joven Emperatriz Doña Isabel de Portugal, era su cadáver trasladado por voluntad del César, á la Real Capilla de Granada.

Negros eran los grandes paños de recamado terciopelo que cubrian el ataúd y el pesado vehículo, y los arneses, penachos y paramentos de los caballos que lo conducian, campeando en sus relieves y adornos de oro, el imperial blason. Los escuderos y los pajes llevaban encendidos gruesos blandones de amarilla cera, y cerraba el cortejo una escolta de lanzas de la guardia del Emperador.

Próximo á la litera, conteniendo los arranques de un brioso potro cordobés, vistiendo rica armadura, pero sin airon ni divisa en señal de duelo, cabalgaba, sin avanzar ni adelantar un paso, la cabeza inclinada sobre el pecho, y fija la vista en el régio ataúd, el Marqués de Lombay, heredero del Ducado de Gandía, encargado por Don Carlos de hacer entrega del cadáver de la que fué su esposa, al clero de Granada.

Cerca ya de la poblacion, al dar vista á la puerta de Elvira, la comitiva hizo alto, y esperó la llegada de otra, no menos lucida y mucho más numerosa, que entonando fúnebres salmodias, por las puertas de la ciudad adelantaba.

II.

La Emperatriz era aún joven cuando murió, y siempre habia sido hermosa.

Poco tiempo despues de su llegada á España y de sus bodas en Se-

villa vino, con el César su esposo, á visitar el más hermoso florón de su imperial corona; y, por extraño, y más que extraño desconsolador contraste, á los trece años volvian para ser en ella depositados sus inanimados restos.

En la morada de los reyes árabes, en esa Alhambra, maravilla del mundo, encanto y orgullo de los propios, sueño y envidia de los extraños, edem creado por el amor y la voluptuosidad, con sus melancolías y sus silencios, sus sombras y sus murmullos, sus misterios y su fascinacion irresistible, sintió acaso la hermosa Doña Isabel los primeros síntomas de maternidad; y el joven Emperador, al lado de su esposa, gozó de días deliciosos, acaso los más bellos y tranquilos de su agitada vida.

En grata conmemoracion de tan dulce recuerdo, soñó entonces, que sus restos y los de su esposa, hallasen en su día, con los de sus abuelos venerandos, eterno reposo bajo su hermoso cielo; y además proyectó é hizo principiar la construccion del gran palacio.

Pero... como prueba de las vicisitudes del tiempo... hoy, ni la hermosa ciudad guarda sus cenizas..... ni el palacio se concluirá jamás.

La historia nos dice, que dotada la Emperatriz de hermosura extremada y excelente índole, era además sabia y magnánima.

Las expediciones del Emperador fuera de la Península eran frecuentes y justamente motivadas, por las guerras y disensiones en Italia y el Piamonte, Flandes y Alemania; enemistades y convenios con Francia y con el Papa; irrupciones de los turcos, célebre expedicion á Túnez, y los sérios y trascendentales trastornos producidos por los luteranos del Norte. Y en estas ausencias, más ó menos dilatadas, la Emperatriz, con el consejo de varones ilustres, ejerció la gobernacion del reino á satisfaccion de todos.

Y, guardadora fiel de la dignidad que ostentaba, y del honor de su esposo, jamás las nubes que acaso alguna vez en su imaginacion surgieran, empañaron su purísima frente; y, ni la historia ni la crónica han podido hallar la más ligera sombra en aquella corta existencia, en aquel fugaz reinado, en aquella angelical figura, modelo acabadísimo de virtud y abnegacion.

El joven Marqués de Lombay, por sus honrosos oficios en palacio, siempre al lado del Emperador, y más aún, del príncipe heredero Don Felipe, tuvo necesaria ocasion del más íntimo contacto con la Emperatriz.

Desde el primer instante, su juvenil imaginacion concibió un afecto tan vehemente y sincero por Doña Isabel, que sus facultades todas eran poco para admirarla, y su adhesion constante insuficiente para servirla; pero este sentimiento, que bien pronto se convirtió en ado-

ración respetuosa, absorbía de tal modo su imaginación y su alma, que no dejaba lugar ni á una sombra, ni á un pensamiento, ni á un deseo de amor terreno.

Así, entusiasta admirador de sus virtudes, ciego idólatra de las bellezas de su alma, hizo de su amor una religión; de su adoración un culto; y, sin discernimiento, sin voluntad propia, siguió siempre á la Corte en Toledo, Valladolid y Barcelona, esclavo de aquella pasión platónica, por nadie sospechada, tan exenta de halagadoras esperanzas como de tempestuosos celos, y dispuesto siempre á la abnegación y al sacrificio.

III.

De regreso de Niza el Emperador, donde acababa de ajustar una nueva tregua con el Papa y con el rey de Francia, celebró Cortes en Toledo, que por cierto fueron bien borrascosas; y en este tiempo falleció la Emperatriz, al dar á luz otro príncipe, también muerto. El Duque de Gandía, que por asuntos de su cargo estaba ausente, volvió precipitadamente á Toledo al saber la triste nueva.

Llegó; y, en uno de los salones del palacio, tapizado de negro y oro, vió, expuesto en un magnífico féretro rodeado de infinitos blandones, el cuerpo inanimado de la Emperatriz. Dignidades de la Iglesia, frailes y ricos-hombres oraban, y el silencio era solo interrumpido por el melancólico murmullo de las preces.

Doña Isabel, en el lecho mortuario, que sus damas habían casi cubierto con flores olorosas, parecía reposar dormida. Tenía los ojos blandamente cerrados; la nítida blancura de sus mejillas trasparecía las azules venas; sus labios, pálidos como un capullo separado del fresco tallo, parecían sonreír; y sus manos de alabastro, estrechaban un crucifijo, sobre su seno de formas virginales.

Flaquearon las rodillas á Lombay, se estremeció su corazón, y juntando sus manos, cayó de hinojos; y en aquel supremo instante, absorbiendo con tenaz mirada y con extático arrobamiento el marmóreo rostro y el rígido cuerpo de su ídolo, sintió en su ser la revelación aterradora de la vehemencia de aquella pasión voraz, hasta entonces contenida, alma de su existencia y vida de su pensamiento.

Y el dolor y la desesperación ofuscaron su mente; y extrañas visiones y horribles fantasías oscurecieron su entendimiento; y subiendo como densas brumas del corazón á la cabeza, perturbaban su razón, próxima á desvanecerse en el vértigo y acaso en la locura.

IV.

La temprana muerte de la Emperatriz, que aún no contaba treinta y ocho años, fué muy llorada por su esposo, y sentida por todo el reino. En Toledo se le hicieron suntuosísimas exequias; y hasta en Francia, á pesar de las enemistades del rey Francisco, le hicieron solemnes honras.

El Emperador dispuso que con gran pompa fuesen conducidos sus restos á Granada, y Gandía fué, como ya hemos dicho, el encargado de la triste misión.

Verificóse la marcha; y en los puntos por donde pasaba el fúnebre cortejo, el clero, las corporaciones y el pueblo, acudían á rendir al egregio cadáver tributos verdaderos de preces y de lágrimas.

Al sufrir la inteligencia de Lombay el rudo choque producido por la inesperada muerte de aquel ser tan querido, y sentir, por revelación tardía, la transformación del amor ideal, único placer de su soñadora existencia, en la devoradora pasión que torturaba su alma y excitaba su pensamiento, era para su mente alcanzar la realización de los delirios que alimentaba, creerse dueño único de los restos inanimados de la que, en vida fué tan solo, casto ideal de sus dorados sueños.

Y aceptó con gratitud, pero como de propio derecho, el cargo de confianza que el Emperador le confiriera; pues juzgaba, en la ofuscación de sus ideas, que, rotos por la muerte los vínculos que á Doña Isabel unían con el mundo, él solo era acreedor á la posesión de aquel cadáver, de aquel féretro, que encerraba todos los afectos de su corazón, todas las aspiraciones de su fantasía, las ilusiones todas de su espíritu.

Y, celoso guardador, no se alejaba un momento de aquel tesoro; y el alimento no le era preciso, ni el sueño indispensable. Y ¡cuántas veces, en las horas de descanso del lento viaje, durante el cual ni aun despojóse de su arnés, recostando su febril cabeza en el ataúd, y al parecer dormido, sentía, creía ver que el augusto cadáver, desprendiéndose de su funeral mortaja, renacía á una segunda vida, y le mostraba otro mundo ideal, donde, exentos de debilidades carnales y de sociales preocupaciones, sus espíritus unidos por amor indefinible, gozaban de placeres nunca descritos, delicias inconcebibles, y éxtasis jamás soñados por la más delirante fantasía!

De este modo, á muy lentas y cortas jornadas, que fueron de goce y martirio para el Marqués, llegó á Granada el cortejo, en la hermosa tarde de primavera, en que principiamos este informe relato.

V.

La comitiva que por el llano adelantaba, compuesta del clero de la Catedral y de la Real Capilla con el reverendo Arzobispo D. Gaspar de Ávalos á la cabeza, las parroquias de la ciudad con cruces y mangas, la Real Chancillería, Inquisición, comunidades, grandes, títulos y caballeros, todos llevando hachas encendidas, avanzó, rodeada y seguida de numeroso pueblo, hasta encontrarse con la que conducía el régio ataúd.

Colocado el féretro en un estrado preparado al efecto, principiaron las preces de la iglesia.

El Marqués, en uso de su especial prerogativa, en pié, al lado del ataúd, contraída la fisonomía, rugosa la frente y estrujando con su crispada mano uno de los extremos de la bordada tela, semejaba un rígido espectro, en que la vida toda hubiera refluído á la febril expresión de sus ojos, enrojecidos por el insomnio y por las vigiliás. Parecía haber envjecido diez años.

El grave silencio de la compacta multitud solo era interrumpido por los monótonos ecos de los fúnebres cantos. La tarde terminaba. Los últimos reflejos del sol poniente doraban con enérgicos toques los puntos más elevados del bello paisaje, y las azuladas sombras invadiendo los planos del terreno, y haciendo brillar las luces de los blandones y de las hachas, daban mayor melancolía, más triste solemnidad á aquella escena.

Las lombardas de la Alcazaba y de la Alhambra lanzaban al espacio el eco de sus repetidas salvas, y las campanas de todas las iglesias de la ciudad enviaban con las auras sus lúgubres tañidos, desde las enhiestas torres.

«El día en que el espíritu se exhala, cantaban los sacerdotes, vuelve el cuerpo á su tierra original, y todos los vanos pensamientos desaparecen.»

«¿Por qué, Señor, apartas de mí tu rostro y me tratas como enemigo? ¿Por qué muestras tu poder contra una hoja que arrebató el viento, contra una paja que arrastra el vendabal?»

«Los años vuelan rápidos, y jamás volverán por el camino que recorren.»

Aun cuando el alma de Lombay parecía extraña á todo lo que pasaba á su alrededor; la triste armonía de aquellos cantos del Libro de Job hería su cerebro, hallando en ellos el eco de sus mismas tristezas; y al oír,

«Pasaron mis días; todos mis pensamientos se desvanecieron, y se disiparon todas las esperanzas de mi corazón. Digo al sepulcro, tu serás mi padre, y á los gusanos, vosotros seréis mi madre y mis hermanos...»

Un frío glacial penetraba en su alma, y aquellas voces se le hacían aterradoras y siniestras.

«Mis días se han desvanecido como el humo, y en polvo se han convertido mis huesos.»

«Los muertos duermen en el polvo; pero ellos resucitarán. ¡Resucitarán!»

Y el coro respondía...

«¡Resurgent!... ¡Resurgent!...»

Cesaron los cantos: era llegado el momento de hacer la entrega del cadáver.

El Marqués, que anhelaba con ansia y temía con terror aquel instante, desprendió de su cuello la dorada llave que sobre el corazón llevaba, y más pálido aún, casi vacilante, haciendo sobre sí mismo un violento esfuerzo, con la resolución suprema del soldado avanzando á la trinchera tras una muerte probable, hizo girar las cerraduras del ataúd; y, al mismo tiempo que los pajes levantaban la pesada tapa, con mano firme, y, conteniendo los latidos todos de su corazón... arrancó el rico sudario que cubría el rostro de la muy hermosa señora, la Emperatriz Doña Isabel.

Un grito de sorpresa se oyó; una exclamación de horror exhalada por todos aquellos que por su proximidad podían ver el cadáver. El mismo Lombay retrocedió un paso... y se cubrió de helado sudor su torva frente.

¡Era una visión terrible!... El semblante de la muerta aparecía horriblemente desfigurado. Su color densamente cárdeno: los ojos vacíos por la descomposición; descubiertas las fosas nasales: la boca, excesivamente abierta por contracción extraña, al simular horrible mueca, mostraba sus dientes, antes como perlas, y entonces largos y descarnados!...

El Arzobispo, repuesto el primero de su sorpresa, preguntó á Lombay, con las fórmulas acostumbradas, si prestaba juramento de ser aquel el cuerpo de la difunta Emperatriz.

El Marqués, tan lívido casi como el cadáver, apoyando una mano sobre el ataúd, y la otra sobre su pecho, exclamó con voz que no parecía de este mundo.

—Juro, señor, que este ataúd que aquí veis, es el mismo de que se

me hizo entrega en Toledo: juro tambien, que este ataud no ha sido abierto, ni tocado, ni perdido de mi vista!... Pero, ¡jurar que ese cuerpo, ese rostro, sean de la Emperatriz Doña Isabel, mi señora, cuya belleza solo era comparable á la de los ángeles!... eso.... jamás, jamás!...

Volvióse á cubrir el féretro, y la procesion púsose en marcha hácia la ciudad, dejándose oír de nuevo los cantos sepulcrales.

«Señor, yo clamo á tí desde el fondo del abismo: lleguen á tí mis clamores!»

¡Devolveremos la tierra á la tierra, la ceniza á la ceniza, y el polvo al polvo!»

¡Bienaventurados los muertos! ¡Dichosos los que mueren en el Señor!!

Solo ya Lombay, que habia ordenado á su escudero le dejase, llevándose el caballo, seguia con ojos extraviados la ya lejana comitiva, hasta que envuelta en los misteriosos reflejos del crepúsculo, desapareció por la puerta de Elvira; y en tanto, repetía murmurando:—¡Señor... desde el fondo del abismo te imploro!... ¡lleguen á tí mis clamores!!...

VI.

Cuando ya se hubo extinguido todo rumor, todo eco de la descrita ceremonia, el Marqués dejó caer la cabeza sobre el pecho, y, maquinalmente, se internó por una revuelta senda, que cruzaba las huertas y campos de la derecha del camino.

La noche habia llegado: sus sombras avanzaban, y algunas pálidas estrellas destacaban ya su luz en el oscuro cielo.

La soledad de aquellos terrenos era completa; y solo se percibían esos mil rumores del campo solitario, que no interrumpen el silencio, ni distraen la meditacion.

Lombay caminaba con vacilante paso, como impelido por extraños resortes, sin sentir el viento en su desnuda cabeza, sin objeto ni direccion, por sendas y sembrados; cuando, al rodear unas altas tapias que hasta entonces no habia visto, llegaron á su oído ecos lejanos de extraña armonía que parecían descender del cielo; y era tan vago y dulce su sonido, que se sintió fuertemente impresionado; y adelantóse por aquellas cercas, como atraído por aquel himno de paz; y subió una corta escalinata, y salvando una puerta que estaba entreabierta, hallóse bajo las sombrías bóvedas de un inmenso templo.

La extension de sus naves, escasamente alumbradas por los mortecinos reflejos de alguna lámpara en el espacio suspendida, se perdía

en la oscuridad del fondo y en las curvas invisibles de su elevada cúpula.

Ténues reflejos de la claridad exterior del cielo, filtrándose por los pintados vidrios de sus rasgados tragaluces, producían caprichosos y fantásticos efectos de luz con azuladas tintas, en los relieves, imágenes y figuras del majestuoso retablo en que la iglesia terminaba; y, ante el altar mayor, se distinguían algunas informes sombras arrodilladas, y otras, que se movían silenciosas, y se perdían, y volvían á aparecer, como fantasmas en antros desconocidos.

La preocupacion del Marqués no le permitía darse cuenta del lugar donde se hallaba: los misteriosos ecos que le atrajeran habian cesado por completo, y el silencio era cada vez más pavoroso.

Al perder de vista el cielo, al dejar de aspirar las siempre puras brisas del campo, la sorda tempestad que rugía en su pecho se habia exaltado; y aquel misterio, y aquel silencio, y aquella oscuridad, armonizando con el estado de su espíritu, aumentaban la ofuscacion de su mente.

Separado para siempre del fantástico móvil de sus desvelos, se halló solo en el mundo, sin objeto en la vida, sin norte su existencia; sin porvenir, sin rumbo y sin aliento...

Miraba en torno de sí, y nada hallaba que atenuar pudiera sus aficciones... miraba al cielo... y acaso una imprecacion blasfema pugnaba por brotar del corazón á sus labios!...

Y recordaba aquel desfigurado rostro, cuya horrible deformidad parecia querer anteponerse á los bellos recuerdos del ideal perdido... y las fúnebres antorchas pasaban y repasaban con dudosa claridad ante sus cerrados ojos... y el canto de los monjes, y las tristísimas salmodias zumbaban en sus oídos, y se confundían en su pobre cerebro, ya próximo á estallar...

Á poco, la suave música volvió á dejarse oír. Era el órgano cuyos raudales de armonía extendiéndose por las desiertas naves parecían descender de los espacios infinitos; y voces viriles, pero contenidas, se mezclaban, á los acordes del grandioso instrumento, en plegarias fervientes y en himnos de dulces melodías, imponentes, consoladoras y misteriosas, como la religion de que son eco.

El Marqués, sorprendido, atónito, escuchaba con extraña fruicion aquellos gratos acentos de paz, y parecía que á su benéfico influjo, dulce laxitud iba gradualmente reemplazando á la terrible excitacion de su febril delirio.

De repente la débil luz de las lámparas pareció animarse, crecer y confundirse con otra claridad que de la misma oscuridad nacia, más diáfana, y más lánguida y hermosa que los albores juntos de todas las auroras y de todos los crepúsculos; y murmullos y armonías, más

dulces que los sonidos de cien arpas, más sentidas que los acentos de todas las aves canoras, brotaban de aquel foco de luz, que se extendía y se agrandaba al difundirse, llegando basta Lombay.

Y allá, en lo más alto, entre dorados vapores como eternos efluvios de increada luz, creyó ver aparecer la imagen adorada de Doña Isabel, no como últimamente la había visto, hedionda escoria de humanas vanidades, sino más radiante y más bella que en sus más felices días; envuelto su cuerpo en vaporosas nubes, transfigurado y divinizado su dulcísimo semblante, y reflejándose en la sublime expresión de sus ojos los célicos destellos de la bienaventuranza

La combatida inteligencia del Marqués no pudo ya soportar tantas y tan violentas emociones, y cayó al suelo desvanecido.

VII.

Los monjes de San Jerónimo, despues de haber rezado sus oficios nocturnos, al ir á cerrar el suntuoso templo en aquella época apenas concluido, vieron al desmayado caballero; y conduciéndolo á una celda, le prodigaron sus caritativos cuidados.

Al volver en sí, era presa de una violentísima fiebre que puso en riesgo su vida; salvóle, sin embargo, de aquella crisis, su juventud y fuerte naturaleza; pero su corazón había quedado herido.

Poco tiempo despues abrazó la vida monástica; renunció todos sus bienes, honores y títulos por vestir el hábito de Loyola, siendo el resto de su vida ejemplo de humildad, de virtud y de caridad cristiana: rehusó varias veces la púrpura cardenalicia, y fué su muerte la del justo.

Canonizado por el Pontífice Clemente X, aquel que había sido en el mundo Marqués de Lombay y Duque de Gandía, fué venerado por la Iglesia en el catálogo de sus santos con el nombre de *San Francisco de Borja*.

Aún conserva y refiere el pueblo de Granada tan edificante tradición, que la historia consigna; y aún subsiste desde aquella época, en el sitio donde tuvo lugar la entrega y reconocimiento del cadáver de la Emperatriz, cerca del Campo del Triunfo, una esbelta cruz de mármol que perpetúa el hecho, y es conocida con el nombre de la *Cruz Blanca*.

Mayo de 1880.



